

LA DRAMATURGIA DE JUANA ESCABIAS O EL COMPROMISO CON EL SER HUMANO

LOURDES BUENO

Austin College (Texas)

Directora de la revista ESTRENO

PRESENTAR A JUANA ESCABIAS como dramaturga, novelista, profesora de Arte Dramático, periodista, directora escénica, gestora de diversos proyectos culturales, fundadora de la compañía Teatro Sonámbulo o presidenta del comité de teatro de UNESCO Comunidad de Madrid es insuficiente, porque Juana es todo eso y mucho más. Es una mujer que derrocha entusiasmo y energía por dondequiera que va y que, además, es capaz de contagiarnos a los que tenemos la gran suerte de cruzarnos con ella. Sus diversas actividades profesionales no son más que el vértice del iceberg de un enorme potencial, cuya fuerza no ha hecho más que despuntar.

Un recuerdo me viene a la memoria de mi primer encuentro con ella: estamos sentadas, una tarde de finales de junio, en la cafetería del Edificio de Humanidades de la UNED, saboreando tranquilamente un café y charlando de nuestros respectivos proyectos. Sus palabras, sus ideas, sus propósitos me «engancharon» de tal manera que, a partir de ese momento, logramos establecer una conexión profesional y personal muy enriquecedora. Yo he tenido, desde entonces, la oportunidad de leer todas las obras que ha ido publicando y, generosamente, enviándome gracias a lo cual he podido incorporar varias de ellas a mi investigación sobre el teatro escrito por dramaturgas españolas. Por otra parte, diversas obras suyas (*El sucesor*, *Tu sangre sobre la arena*, *Fotogramas*, *Whatsapp*, *Hojas de algún calendario* o *Crimen imperfecto*, entre otras) han llegado a los universitarios norteamericanos a través de talleres, lecturas dramatizadas, conferencias y, sobre todo, la presencia de la propia autora, quien tuvo la ocasión de comentar y discutir sus obras con los alumnos durante su visita al Austin College en marzo de 2015.

Las obras de Juana Escabias conectan rápidamente con el público universitario, no solo por el hecho de que parte de sus protagonistas pertenecen a la misma generación que los estudiantes y, por ello, la identificación o la empatía con los personajes se facilita aún más, sino también porque los textos apuntan directamente a cuestiones que afectan, ahora mismo, a nuestra sociedad contemporánea: el ciberacoso, la dependencia de Internet, la violencia machista, la violencia racial, el tráfico de seres humanos... Los jóvenes son conscientes de los acuciantes problemas que abruman a nuestro mundo y se muestran mucho más receptivos a los mensajes de atención que reciben. Nos estamos jugando SU futuro, y eso les importa. La actitud que demuestran no es la de un mero receptor pasivo sino que, en general, suelen preocuparse por su entorno y muchos de ellos participan activamente en organizaciones y proyectos altruistas que tratan de contrarrestar los efectos negativos de estos problemas. Juana Escabias es consciente de ello y, por esa razón, se acerca a los jóvenes a través de sus obras y de las puestas en escena de las mismas¹. Claro ejemplo ha sido la representación de *Whatsapp* (a base de mensajes de texto que se iban proyectando en una pantalla a medida que la adolescente protagonista *textaba* a sus amigas, por un lado, y a su novio, por el otro) en diversos institutos de Madrid, y cuya audiencia estaba formada exclusivamente por jóvenes de entre 14 y 18 años.

Personajes como Beti y Rubén, de *Whatsapp*, como Raúl y Rita, de *Hojas de algún calendario*, como el Rubén de *Flores de invernadero* o como el joven de ideología neonazi de *Fotogramas* se mueven en un ámbito que les puede resultar familiar a muchos de nuestros jóvenes, mientras que otros, a pesar de que no les afectan directamente estos problemas, los reconocen fácilmente por películas o series de televisión. Adolescentes y jóvenes son, pues, un objetivo crucial por el impacto que los mensajes sociales provocan en ellos; de ahí que el teatro se convierta en un instrumento de

¹ Para Francisco Gutiérrez Carbajo [2010: 10], «La escritura teatral es una construcción de la realidad y la puesta en escena es una representación de la misma»; aunque ninguna de ellas, según este crítico, trataría de sustituir a la realidad «quizá nos sirvan en nuestros intentos de entenderla».

gran valor no solo para revelar y denunciar conductas reprobables y discriminatorias, sino también para fomentar, a través de la educación, aquellas conductas cívicas que promuevan la convivencia mediante la justicia y la igualdad. Y eso precisamente es lo que consigue Juana Escabias con sus obras; nuestra autora, como acertadamente señala Jerónimo López Mozo, se muestra «interesada en todo cuanto afecta al hombre de nuestro tiempo en su doble condición de individuo y ser social» y, por ello, «Su apuesta es [siempre] por un mundo nuevo» [López Mozo 2013: 9]. Con un lenguaje directo (que, en ocasiones, llega a imitar la manera que tienen los jóvenes de hoy en día de comunicarse), unos personajes creíbles y cercanos, y unos temas de gran actualidad, la autora logra presentar conflictos humanos que, a pesar de su complejidad, o precisamente por ella, no pueden dejar impasible a nadie.

En los textos que habitan personajes adultos, Juana Escabias ahonda especialmente en las relaciones humanas desde los más diversos ángulos y perspectivas: la soledad y la imposibilidad de conexión que separa a los dos protagonistas de *Vías férreas* (con una convención de vendedores de seguros como fondo de una relación inalcanzable); los desencuentros amorosos de los distintos personajes de *Esbozo sobre una teoría de las emociones*; las turbulentas y complicadas relaciones del dramaturgo fracasado, protagonista de *La fiesta*, con sus tres esposas; la efímera y falaz aventura amorosa entre un galerista maduro y una joven «pintora» en busca de una sala para exponer sus cuadros, en *Deseo*; las varias historias de infidelidad femenina que se retratan en *Nueve mujeres infieles*; el enfrentamiento dialéctico entre dos interesados amantes (*Salvajemente tuya*) o una prostituta y su cliente (*La puta de las 1000 noches*; obra ganadora del V Premio Espectáculo Teatral bajo su título original *Apología del amor*) o las siempre complejas, y en ocasiones descarnadas, relaciones generacionales entre padres e hijos, de *Interiores*. En todas ellas, la autora «ahonda en la naturaleza de los personajes» [López Mozo 2013: 9] y explora los rincones más oscuros y ocultos de las relaciones humanas poniendo al descubierto las profundas heridas que provocan el egoísmo, los celos, la incomunicación o la traición.

Las difíciles interacciones de personas unidas por un lazo amoroso o familiar, aunque tema primordial en la obra dramática de Juana Escabias, no es la única preocupación que reflejan los textos de esta autora. Otras cuestiones, tanto o más preocupantes que esta, se deslizan por las páginas de sus obras: así, por ejemplo, descubrimos (a partir de una óptica original y no muy explorada en la que la víctima se convierte en verdugo) las nefastas consecuencias que padecen los que sufren la esclavitud y la venta de seres humanos en *Tu sangre sobre la arena*; la hipocresía y la traición que se ocultan tras una falsa amistad en *El sucesor*; las torturas e injusticias que sufren los prisioneros de guerra, más todavía si son mujeres, en el monólogo titulado *España 1940* y la obra más larga *Cautivas* (en cuya historia coral también participa la única protagonista del monólogo); el terrible problema del SIDA, que sigue afectando aún a nuestra sociedad, en las dos obras breves tituladas *Invisibles* e *Ícaros*; la obsesiva ambición de un dramaturgo, en *Voracidad de los parques*, que lo impulsa a hacer lo que sea con tal de ganar, por segunda vez, el Premio Nacional de Teatro; o la inhumana manipulación de los medios de comunicación (a través de la telebasura) que degradan y explotan, a su antojo, a los individuos en *Historia de un imbécil*. Con todos estos antecedentes es imposible no considerar a Juana Escabias una de las autoras españolas más comprometidas con la sociedad actual y las cuestiones que la desestabilizan. Todas sus obras reflejan, en palabras de Eduardo Pérez-Rasilla, «un deseo de hurgar en las heridas sociales para procurar un remedio a esas dolencias», es decir, «una voluntad de denuncia» [Pérez-Rasilla 2015: 9] y, para lograrla, nuestra autora maneja con gran destreza el arma arrojada que es el teatro tratando de sorprender e impactar al receptor, obligándole con ello a una profunda reflexión y, en muchos casos, a que ofrezca una respuesta activa frente a los hechos que tiene ante sus ojos y que son puro reflejo, más o menos amplificado, de la realidad que nos rodea.

Siguiendo en esta línea, Juana Escabias nos presenta su último trabajo, *Acoso laboral*; texto que aparece publicado por primera vez en este volumen. Ya desde el propio título, la obra señala sin ambages la cuestión sobre la que va a girar: «La obra es una

crítica de la deshumanización a la que conducen las políticas económicas capitalistas llevadas a su extremo», como señala la propia autora en un mensaje electrónico, y de manera más concreta una denuncia del neoliberalismo de la Escuela de Chicago (y de su fundador, Milton Friedman) que promulga una radical privatización de los servicios públicos. Esta privatización, como afirma Juana, supone no solo un ataque frontal contra el Estado de Bienestar de los ciudadanos sino también una desprotección social de los mismos frente a una minoría de ricos y poderosos que manipulan estas concesiones con el único propósito de enriquecerse, «y no para mejorar su gestión». Para esta minoría, el ser humano no cuenta en absoluto sino como mano de obra a la que explotar para conseguir el máximo rendimiento y a la que se puede desechar, sin miramientos, por cuestiones tan arbitrarias como la venganza, la envidia o la humillación.

Los dos polos enfrentados de esta ecuación se reflejan perfectamente en los distintos personajes de la obra. En el lado de los corruptos y explotadores encontramos bien asentados a Guillermo, Arellana y Escalante. El primero de ellos es una figura que solo conocemos a través de llamadas por teléfono o Skype (o bien por los comentarios que otros personajes hacen sobre él). Sabemos que hace catorce años fundó, junto a Martín Martín, una empresa de servicios que atiende llamadas de urgencias; que en estos momentos esta empresa se ha privatizado y que la ha puesto en manos de las dos antagonistas para disfrutar de una «jubilación anticipada» en el Caribe. Es manipulador, egoísta, cruel, cobarde (como demuestra su relación siempre a distancia con el resto de personajes) y, al comienzo de la obra, somos testigos de su despiadada y humillante traición hacia Martín Martín, compañero de juventud que abandonó su empleo para ayudarlo a montar su empresa y que ahora es desplazado e ignorado por Guillermo, quien le deja al margen en el reparto de poder. En este reparto, las únicas beneficiadas van a ser Arellana y Escalante. Aquella, presidenta de la compañía, es un personaje que oculta su mediocridad y su inseguridad tras una capa de cinismo y soberbia; a pesar de carecer de la crueldad ambiciosa de su compañera, se define por los tópicos que continuamente dice y usa con relación a los demás:

ARELLANA. Guillermo nos aguarda. (*Señalando a SHAILA*) ¿Y esta por qué llora?

ESCALANTE. Porque es subnormal.

ARELLANA. Tienes que acostumbrarte a decir «discapacidad intelectual» [151].

Sus gestos y palabras responden a unas pautas establecidas por lo «políticamente correcto» que ocultan brutalmente su falta de humanidad para con sus empleados. Su nombre (una posible combinación de los apellidos Arellano y Orellana) nos remite a una figura en la que el egoísmo, la tacañería, la comodidad (no olvidemos el guiño de la autora hacia el verbo «arrellanarse») y la indolencia son los pivotes sobre los que gira su actuación. Su admiración por Escalante y la confianza que deposita en esta demuestran su ignorancia y pasividad. Por su parte, Escalante (que, como su nombre indica, representa a la «típica trepa»), es una mujer que hace gala de una ambición insaciable y una crueldad inhumana que descarga sin piedad sobre sus subordinados (para ella, casi sus esclavos), especialmente sobre los más desvalidos como Shaila; su *triumfo* en la empresa ha sido solo posible gracias a la manipulación y engaños a los que ha sometido a Arellana a lo largo de los años, y a pesar de haber alcanzado una posición similar a la de su antigua jefa, su avidez e inconformidad la mantienen insatisfecha todo el tiempo. Su retorcida maldad y su desprecio hacia los demás (incluyendo a Guillermo al que considera «un bocazas» y «un capullo») se traducen en humillaciones constantes (insultos, acoso, vejaciones, etc.) que hacen de ella un personaje completamente negativo.

En el lado opuesto, el de los empleados que sufren, impotentes, el implacable abuso de sus superiores y están sujetos a los caprichos y veleidades de estos, encontramos a Martín Martín, a Shaila y a los dos únicos personajes que carecen de nombre propio: el empleado y la empleada. A pesar de que el protagonista masculino pudo gozar, en su día, de una posición favorable (recordemos que fue el cofundador, junto a Guillermo, de la empresa en cuestión), en estos momentos, debido al cambio sufrido en la estructuración de la compañía, todos ellos convergen en el escalafón más bajo y se ven dominados por las dos antagonistas.

En el caso de Martín Martín, la humillación es aún más evidente y denigrante, puesto que Arellana y Escalante se ceban con él en un intento por ocultar no solo su temor a la honradez en el trabajo sino también su miedo a la rebelión, personificadas ambas en la figura de Martín Martín. El protagonista masculino es el único empleado que se niega finalmente, tras atravesar por un difícil periodo de dudas, a firmar un contrato de trabajo basura que le obligaría a trabajar diez horas semanales con una ínfima paga de cuatrocientos euros al mes y la lógica disminución de «tus cotizaciones y tu jubilación, tu derecho al desempleo, tu posibilidad de acceder a un crédito...» [156]. El castigo que recibe por negarse a firmar es el aislamiento absoluto, como describe minuciosamente Escalante en el siguiente párrafo:

Le destiné al sótano. Instalamos una mesa para él en el cuarto de los cubos de basura. Entra y sale por la rampa de emergencias. Tiene prohibido acceder al resto del edificio, no ve a nadie, no puede hablar con nadie [...] No dispone de teléfono ni tiene cobertura para móviles. Se encarga de hacer sumas. Suma los gastos de luz, calefacción, papelería... A MANO, no tiene calculadora, estrújate el cerebro, amiguito. Cada mañana, cuando llega a su puesto de trabajo, hojas y hojas repletas de cifras y más cifras le aguardan, y le dan los buenos días. Recibe las órdenes por correo electrónico, desde un email impersonalizado. [...] Trabaja los siete días de la semana, por turnos fraccionados adaptados a nuestras necesidades productivas, de siete a nueve, de diez a once, de una a dos, de cuatro a cinco, de seis a siete... Así hasta que cumple su jornada. Su horario es rotatorio y semanal, lo recibe cada lunes. Si necesita ir al médico debe hacerlo durante sus horas libres o pedir vacaciones. [...] Voy a obligarle a que reste, divida y multiplique, a ver si se le puede amonestar [162-163].

Sin embargo, a pesar de las humillaciones e injusticias a las que se ve constantemente sometido por parte de Escalante y Arellana, quienes desean a toda costa librarse de él, Martín Martín logra mantenerse en su puesto realizando un impecable trabajo. Su inquebrantable defensa de lo que es justo y su protección de los más débiles lo convierten en un «héroe anónimo», cuya heroicidad se basa en la honradez y el sentido común. Su nombre y apellido han sido conscientemente reiterados por la autora para

«universalizar al personaje» y, con ello, rendir un merecido homenaje a todos aquellos hombres y mujeres que, sin levantar la voz ni empuñar un arma, logran mantener la sociedad con su honestidad y su silencioso trabajo.

Shaila, por su parte, encarna al ser inocente y desvalido que, debido a su deficiencia, se encuentra en la parte inferior del escalafón. Su contratación se ha hecho por puro interés económico («ARELLANA. Hemos ganado el concurso por las mejoras. Ella vale nueve puntos», 146) y este hecho la convierten en objeto de innumerables humillaciones (incluso por parte de los otros empleados). Martín Martín es el único capaz de defenderla y apoyarla, y la amistad que se forja entre ellos (que, en el caso de Shaila, se tiñe de un leve tinte amoroso) es sólida y verdadera hasta el punto de que, al final, su mutua protección (ella arroja a las antagonistas por la terraza, para que no le abran un expediente – totalmente falso – al protagonista, y este testifica a su favor en el juicio, colaborando así a su libertad sin cargos) los libera a ambos del *acoso laboral* al que se veían sujetos de manera persistente. Shaila, por su candor y ausencia de maldad, es el personaje que, como señala la autora, «permite que los vicios sociales [encarnados por las otras figuras] se reflejen en él como en un espejo», con lo que quedan expuestos, de manera deformada e hiperbólica, a la mirada (y al juicio) del receptor².

Por último, el empleado y la empleada se situarían a medio camino: pertenecen al grupo de los trabajadores que sufren, al igual que Shaila y Martín Martín, el abuso de los poderosos, aceptándolo para no poner en peligro su empleo; sin embargo, como Escalante y Arellana, aprovechan cualquier oportunidad para humillar y hacer gala de su posición con los que están por debajo de ellos en la jerarquía laboral (como Shaila) o con los clientes que dependen de sus servicios:

EL EMPLEADO. (*Al teléfono*) Sí, señora, por supuesto. (*Pausa*) Tiene que darme su número de póliza. (*Pausa*) Comprendo que necesite una

² Con respecto a la idea de los personajes como espejo de la realidad, Gutiérrez Carbajo [2010: 9] afirma con rotundidad que «Juana Escabias nos muestra espejos deformantes en los que podemos contemplar nuestros déficits o nuestras carencias».

ambulancia, pero no se la puedo enviar si usted no tiene contratada una póliza. [...] No me repita que es cuestión de vida o muerte, no le puedo enviar una ambulancia porque usted no tiene póliza. (*Pausa*) ¿Inhumano? ¿Le parezco inhumano? Me importa un bledo, señora, yo cumplo con mi trabajo (*Cuelga EL EMPLEADO el teléfono*). [172-173]

De todos los personajes, estos últimos son los únicos que carecen de nombre propio y, por ello, de identidad; representarían, pues, a todos aquellos que, a pesar de la injusticia y los abusos que sufren, adoptan una actitud pasiva y cobarde que perpetúa dichas actitudes por parte de los que ostentan la autoridad. Sin embargo, como veremos más adelante, Juana Escabias se resiste a cerrar su obra sin la posibilidad de una nota de esperanza y, como anteriormente hicieron Martín Martín y Shaila, los empleados se rebelan ante la «inhumana» decisión de perjudicar conscientemente a otros y, contra las órdenes recibidas, comienzan a enviar los servicios más urgentes (policía, ambulancia, etc.) a las personas que así lo requieren.

Este complejo entramado de relaciones humanas y sociales que se va descubriendo a medida que conocemos a los personajes y su posición dentro de la obra es un instrumento eficaz de crítica contra el sistema político y económico en general. A través de la actitud de los personajes y de sus interacciones la autora va revelando las fuerzas que están erosionando los cimientos que, durante años, han mantenido en pie nuestra sociedad. Cuando la gestión de prestaciones sociales como la sanidad, la educación o la ayuda a los más vulnerables como ancianos, niños o discapacitados cae en manos de personas sin escrúpulos y cuyo único objetivo es la acumulación de riqueza y poder³ el resultado no puede ser más nefasto: reducción de plantilla, congelación o bajada de sueldo y otras ayudas, menoscabo de la calidad del servicio y, sobre todo, propensión al abuso y a la explotación del trabajador. Este resultado es lo que Juana Escabias nos ofrece en

³ Como se comprueba en las siguientes palabras de GUILLERMO: «(*Jactancioso*) Huele a podrido. Aquí huele a podrido. ¿Queréis saber por qué? Son las cuarenta toneladas de caviar que compré el mes pasado. Ordené que las dejaran fuera del refrigerador. ¿Qué sentido tendría mi existencia si no puedo tirar a la basura cuarenta toneladas de caviar?» [173].

Acoso laboral: la ambición de poder y la crueldad que se ceba con los más indefensos a través de la humillación, la injusticia, las ofensas (verbales y físicas) y otros actos deleznable se personifican en Escalante, Arellana y Guillermo (quien, además, hace gala de una absoluta cobardía); tres personajes que manipulan y someten a los demás a su antojo sin mostrar el menor ápice de humanidad: los tres degradan completamente al protagonista masculino de la obra; Escalante y Arellana desprecian y se mofan de todos, sin excepción, y controlan a sus empleados mediante cámaras ocultas mientras los obligan a firmar un contrato «bajo cuerda» que les arrebatara sus derechos laborales más básicos; por último, Escalante, la que demuestra mayor crueldad de todos, acosa y denigra de manera persistente a Shaila y a Martín Martín tanto de palabra como de acto.

Sin embargo, la crítica, para ser efectiva, debe llegar hasta el receptor e impactarle de manera contundente haciéndole reflexionar y, en última instancia, actuar. Por ello, Juana Escabias no solo nos presenta las actitudes claramente negativas de los personajes anteriormente mencionados sino, más específicamente, las consecuencias que sus acciones tienen en la vida de los otros personajes. Shaila no tiene más remedio que soportar, impotente y en silencio, las bromas crueles de sus compañeros:

EL EMPLEADO. ¡Qué fuerte eres!

SHAILA. Hago gimnasia.

EL EMPLEADO. El día que te vi aparecer en la oficina, creí que me ofrecerías cupones de la ONCE. ¡Veinte cupones para hoy!

Celebra su ocurrencia EL EMPLEADO. SHAILA se marcha, llorando.
[153-154]

Crueldad que alcanzará su máxima intensidad con el maltrato y las vejaciones, de tipo sexual, de las que es objeto por parte de Escalante.

Por su parte Martín Martín, como ya se comentó en líneas anteriores, no es solo testigo de la traición de Guillermo, su compañero y amigo, que le relega a un segundo plano por hacer su trabajo con honestidad y diligencia (a Guillermo no le interesa al mando una persona que no se doblegue y le apoye en sus trapiques y corruptelas) sino que, además, ve su integridad profesio-

nal amenazada por las sucias manipulaciones de sus superiores: ante el terrible dilema de firmar el contrato-basura que le ofrecen y malvivir junto a su mujer o no firmar y jugarse el puesto de trabajo, el protagonista, tras varias semanas de incertidumbre, toma una valiente decisión:

De pronto se me ocurrió: ¿y si no firmas? El pánico empezó a atenzarme: no saldremos adelante, nos moriremos de hambre la Maricarmen y yo. Vale, pues cuando estemos en las últimas, cuando no nos quede nada, antes de irnos a la calle a mendigar, nos suicidamos juntos y se acabaron todos los problemas, a morir con dignidad. [...] Morir dejó de parecerme trágico y me pareció natural. Y sucedió una especie de milagro: desapareció mi miedo. Cuando se me quitó el miedo a la muerte, se me quitó el miedo a la vida. Os cuento esto porque he decidido no firmar. Lo hago por mis padres, por los hijos que quizás tenga algún día, por un mundo mejor, porque no puedo elegir ganar menos para que ellos ganen más. Sé que mi decisión provocará mi despido, pero no voy a firmar. [160-161]

Decisión que no conlleva, como él temía, su despido sino un castigo peor: el aislamiento del resto de compañeros y una jornada de trabajo demencial sin el más mínimo reposo. A pesar de lo cual, el protagonista continúa desarrollando su trabajo con esfuerzo y tesón, y solo se permite unos minutos de tranquilidad junto a Shaila en la terraza, donde ambos comparten un mundo de ilusión que los aleja, aunque por poco tiempo, de las mezquindades de la vida real.

Y esa leve esperanza es la que finalmente recompensa a los dos personajes eliminando de sus vidas la amenaza personificada en Arellana y Escalante. Cuando estas descubren a ambos en la terraza tratan de acusar a Martín Martín de abuso sexual en un intento por deshacerse de él, y cuando el hombre las acusa a ellas de engañar a Guillermo para quedarse con el dinero Escalante trata de arrojarlo por la terraza. En esos momentos, Shaila se interpone y termina lanzándolas a las dos al vacío. Un poco más adelante, una voz en *off* (supuestamente, de un juez) nos comunica la puesta en libertad, sin cargos, de Shaila: un nuevo triunfo de justicia poética.

Así pues la crítica de la autora al sistema político-económico que permite, y en ocasiones propicia, la explotación del ser hu-

mano no se reduce a un panfleto o a un discurso apologético; son las vidas de los protagonistas (sus circunstancias, sus sentimientos, sus dilemas) y la manera en que se ven afectadas por el abuso y la corrupción lo que provoca la reflexión y el posterior veredicto del receptor. De ahí que López Mozo [2013: 15] se refiera a los textos de Juana Escabias como «radiografías que muestran su interior», puesto que sus tramas «son complejas y están urdidas por personajes con personalidad propia que no responden a estereotipos» [10]. En todas sus obras, Juana Escabias reafirma su compromiso con el ser humano no solo denunciando las injusticias que afectan a un sinnúmero de personas, indefensas e impotentes ante los atropellos, sino haciéndolo desde la propia perspectiva de las víctimas, revelándonos sus historias, sus problemas, sus inquietudes y, por encima de todo, su fuerza de voluntad para sobrevivir en un mundo que se muestra despiadado con los más débiles. Juana Escabias nos recuerda, una vez más, que *homo hominis lupus est* pero, en *Acoso laboral*, «deja abierta una puerta a la esperanza» mediante la confianza que deposita en sus personajes y la posibilidad de que la amistad, el amor y la unión los convierta en «héroes».

Se necesita una escritora como Juana Escabias, completamente «impregnada de realidad» como la define Gutiérrez Carbajo [2010: 7], para lograr ofrecernos «un mapa muy preciso de los males de nuestra sociedad» [López Mozo 2013: 15]. Su inquebrantable compromiso con el ser humano la impulsa a involucrarse, profundamente, en las cuestiones sociales y políticas que denuncia, sin tapujos, en sus textos. Estos no se revelan como simples excusas que se consumen en grandilocuencias discursivas y panfletarias; por el contrario, la fuerza y la garra que muestran las obras de Juana Escabias se cimientan, sin lugar a dudas, en la emoción que desborda la historia de todos y cada uno de sus personajes. Si, para nuestra autora, «escribir y vivir [...] siempre han sido un mismo acto»⁴, su vida y su escritura

⁴ Palabras que se pueden encontrar en su página web: <http://www.juanaescabias.es/joomla/>.

son, por ello, un único compromiso (y un compromiso único) con la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

- GUTIÉRREZ CARBAJO, FRANCISCO (2010): «La realidad y la representación en Juana Escabias», introducción a *Historia de un imbécil. Interiores*, de Juana Escabias, Madrid, Huerga y Fierro, pp. 7-10.
- LÓPEZ MOZO, JERÓNIMO (2013): «Radiografías de seres humanos», prólogo a *Voracidad de los parques. Deseo*, de Juana Escabias, Madrid, Huerga y Fierro, pp. 7-15.
- PÉREZ-RASILLA, EDUARDO (2015): «Prólogo», *Cuatro obras políticamente incorrectas*, de Juana Escabias, Madrid, Esperpento Ediciones Teatrales, pp. 9-15.
- SERRANO GARCÍA, VIRTUDES (2013): «Juana Escabias: pasión, esfuerzo, compromiso», estudio introductorio a *Esbozo sobre una teoría de las emociones*, de Juana Escabias, en *ESTRENO. Cuadernos de Teatro Español Contemporáneo*, XXXIX, 2 (otoño 2013), pp. 9-26.